

Plática Familiar

(INÉDITA)

“ Pruélese primero el hombre a sí mismo, y después coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.”

Palabras del Apóstol San Pablo

Cuando el cristiano, hermanos míos, pone detenidamente la atención en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, quiere ante todo saber cuándo y de qué manera debe acercarse al banquete celestial, en que se nos da a comer la carne del Hijo del hombre, y a beber su sangre inmaculada. Como es natural, buscamos nuestra enseñanza en las Santas Escrituras. En el Evangelio de San Juan vemos las palabras con que Nuestro Señor nos invita: “ Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente bebida. En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre, y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.” Al escuchar estas dulces palabras el alma siente irresistiblemente atraída a correr a los pies del altar para recibir en sus labios y encerrar en su corazón al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Pero después leemos en las epístolas de San Pablo, inspiradas por el Espíritu Santo: “ Pruébase primero el hombre a sí mismo y después coma de aquel pan, y beba de aquel cáliz, porque quien lo come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor.” Unas palabras nos atraen, otras nos alejan; unas nos llenan de confianza, las otras de temor; al escuchar las primeras oímos la bondad infinita de Dios, al fijarnos en las segundas, las amenazas de su justicia. Y entre estas dos corrientes opuestas, la que nos convida y la que nos amenaza, ¿qué habremos de hacer? Seguir las enseñanzas de la Santa Iglesia Católica Romana, a quien le corresponde interpretar de manera infalible las Santas Escrituras.

El Concilio de Trento compendia en dos palabras la manera como los fieles deben acercarse a la Sagrada Eucaristía: digna y frecuentemente. Hé aquí el asunto sobre que quiero hablaros en la plática de esta noche. Quiera el Espíritu Santo estar en mi corazón y en mis labios, a fin de que yo anuncie dignamente su divina palabra, y ella venga a producir frutos de salvación en vuestras almas.

Cuando os hablo, hermanos míos, acerca de las disposiciones con que un cristiano debe acercarse a comulgar, no me refiero principalmente a aquellas disposiciones absolutamente necesarias que el catecismo de la doctrina nos enseña, y que se reducen, por parte del alma, a estar en gracia de Dios, y por parte del cuerpo, a conservarse en el ayuno natural. Eso lo sabéis vosotros, eso no lo habéis descuidado jamás. Voy a hablaros de otras disposiciones, que si no son de absoluta necesidad para evitar el sacrilegio, son las que se requieren para que la recepción del cuerpo y de la sangre de Cristo produzcan en nosotros todos los frutos que Nuestro Señor quiso al instituir este divino Sacramento. Porque, hermanos, cuando uno considera que en la Sagrada Eucaristía se halla verdaderamente Nuestro Señor Jesucristo con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad; que está aquí, para alimento espiritual de las almas; que cuando Nuestro Señor moraba en el mundo bastaba tocar la orla de su vestido o recibir el contacto de sus manos para quedar sano de alma y de cuerpo; y cuando uno ve al mismo tiempo la multitud de cristianos que comulgan diariamente y que, sin embargo, están muy lejos de santificarse, tiene que comprender que si una sola comunión basta para elevar a un hombre al pináculo de la santidad, tantas comuniones que no nos santifican provienen de que no las hacemos con todas las disposiciones que Dios espera de nosotros. Y Él aguarda, para que comulgemos santamente, disposiciones de tres clases: unas respecto de nosotros mismos, otras respecto del Señor, a quien debemos recibir, y otras con respecto a nuestros prójimos.

Para acercarnos a la Sagrada Eucaristía, es menester tener respecto de nosotros mismos humildad; para con Nuestro Señor, una grande confianza, y hacia nuestros hermanos, una caridad sin límites.

Y en primer lugar, se necesita de la humildad. ¿No habéis leído en el Evangelio que el Señor resiste a los soberbios? Pues si queréis estar llenos de gracia para comulgar, humillaos y anonadaos delante de Nuestro Señor. Para llegar al altar del Dios que está tan alto, es menester elevarse uno mucho, y vosotros habéis aprendido en el Evangelio que el señor se complace en humillar a los soberbios y en ensalzar a los humildes. Cuando uno comulga, recibe al mismo Señor que encarnó en las entrañas de la Virgen y que pasó por el mundo haciendo el bien. Por lo que nos dice el Evangelio, podemos conocer sus gustos, sus preferencias. Vivió en el taller de un artesano, oculto a las miradas de los hombres; escogió sus doce apóstoles entre los pobres y entre los humildes, y nunca rechazó a los pecadores, por grandes que hubieran sido sus culpas, porque siempre que esos pecadores se prosternaban delante de Él, hacían un acto de verdadera humildad; y era amigo de los publicanos y de los pecadores, pero de los que se humillaban en su presencia; y cuando el buen ladrón dijo desde lo alto de la cruz: "Nosotros, en verdad, por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras," Nuestro Señor hizo de este ladrón el primogénito del Reino de los Cielos.

¿Y quién se va a acercar con sentimientos de soberbia, de propia estimación, a recibir al Niño del Pesebre, al divino Aprendiz de Nazareth, al que predicaba, con los pies descalzos, andando a la intemperie, por las orillas del lago de Genzareth? ¿Con el amor desordenado al lujo y a las riquezas, al Señor que no tiene una piedra donde reclinar la cabeza, cuando los pájaros tienen sus nidos, y las zorras sus guaridas? ¿Deseando los placeres bulliciosos de este mundo, vamos al Señor cuya vida fue cruz y martirio, a

Jesús cubierto de heridas, despedazado de azotes y clavado en un madero infamante? Ved ahí, hermanos, por qué muchas veces nuestras comuniones no producen delante de Dios todo el fruto que la misericordia divina esperaba con justo título de ellas: porque venimos con el corazón hinchado, porque andamos en busca de los placeres, y porque queremos mezclar en nuestro corazón el espíritu de Dios y el espíritu del mundo. Cuántos hay que comulgan por la mañana, y después, cuando echan una mirada a su rededor y ven las flaquezas de sus prójimos, dicen desde el fondo de su corazón la oración del fariseo: "Señor, gracias te doy, porque no soy como los otros hombres"; y enseñó Jesucristo, al hablar de esa parábola, que el fariseo salió sin justificarse del templo, y que salió justificado el pobre publicano, que de veras había sido un pecador muy grande, pero que se golpeaba el pecho y decía: "Dios, muéstrate propicio a mí, pecador."

Además de acercarnos a la Sagrada Eucaristía con una santa humildad, con un santo desprecio de todos los falsos bienes de este mundo, es necesario que vengamos a Nuestro Señor llenos de confianza. Nada agradece tanto como que nosotros confiemos en Él, nada le es tan agradable al corazón, como esa fe muda y sencilla, que aun antes de pedirle a Nuestro Señor un beneficio, ya está segura de que lo alcanzará. Cuando Jesucristo daba la vista a los ciegos, el andar a los tullidos, quitaba las manchas infectas de los cuerpos de los leprosos, resucitaba a los muertos, perdonaba a los pecadores, nunca dijo: mi poder te ha curado; mi misericordia te ha hecho salvo, sino: "Según tu fe, así te se ha hecho." "Tu fe te ha salvado." De manera que Nuestro Señor ha puesto, por decirlo así, su omnipotencia en nuestras manos, y la medida de nuestra confianza es la medida de sus misericordias. ¿Esperáis de nuestro Señor poco? Poco conseguiréis. ¿Mucho aguardáis de su bondad? Recibiréis mucho. ¿Lo esperáis todo? Estad seguros de obtener infaliblemente todo.

Pero, hermanos, para venir al altar, para comulgar dignamente, es necesario que arda en nuestros corazones, no sólo la caridad para con Dios, sino el amor para con nuestros hermanos. San Agustín, comentando las terribles palabras de San Pablo: " Pruébese primero el hombre a sí mismo, y después coma de aquel pan y beba de aquel cáliz, porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor," dice: ¿Qué manera tengo, para saber si cuando voy a comulgar estoy en gracia, o estoy en pecado? La Santa Escritura me enseña que aun después de perdonado el hombre, es necesario que vuelva una y cien veces a pedir a Dios misericordia. Pues hay un medio muy fácil para saber si estás en gracia, o estás en pecado. ¿Alguno de tus prójimos te ha hecho algún daño, algún agravio? Perdónale de todo corazón, que El perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¿Tienes un enemigo? ¿Tienes un adversario que te ha hecho mal? Amalo, pídele por él, míralo con especial benevolencia, y entonces acércate a recibir ese don que te dan las manos del sacerdote, porque, en ese caso, ese pan no es veneno.

¿Pero no habéis oído a Jesucristo que si no comemos la carne del Hijo del hombre, y si no bebemos su sangre, no tendremos vida en nosotros? Entonces, en lugar de sacar la conclusión necia de apartaros de la comunión, sacad la conclusión noble y santa de acabar en vosotros todo lo que a Nuestro Señor desagrada. ¿Que uno de vosotros ha sido soberbio, y por eso no quiere comulgar? Acuérdesse de que Pablo, antes de su conversión, era un fariseo, y que derribado por Dios en el camino de Damasco, se humilló profundamente delante del Señor y por eso le hizo un vaso de elección. Si una persona es apegada a las riquezas, si ha llegado a imaginar en su locura que el dinero es el fin del hombre, y que uno vale tanto más en el mundo cuantos más caudales posea, y si su conciencia no

está tranquila respecto de la manera como ha adquirido esos caudales, acuérdesse de Zaqueo, que le dijo al Salvador: "Señor, la mitad de cuanto tengo doy a los pobres, y si algo he defraudado a alguno, le vuelvo cuatro tantos más." Y si alguno ha caído en pecados vergonzosos, acuérdesse de Magdalena, besando y ungiendo los pies del Salvador, y si hubiere llegado hasta el último grado de la degradación y del pecado, piense en el buen ladrón, que fue el primero de los santos de la nueva alianza.

Pero, hermanos míos, es necesario comulgar a menudo. La comunión frecuente es práctica esencial de la vida cristiana, y de su olvido entre muchas personas nace ese estado de tibieza, esta propensión al pecado, este haberseles endurecido a muchos la conciencia, a pesar de que conservan intacta la fe. ¿No veis vosotros que una persona que no come podrá, es verdad, conservar un poco de vida, pero una vida débil, una vida enfermiza? Pues lo que es el alimento para el cuerpo, eso es el Sacramento de la Eucaristía para el alma. En los primeros tiempos de la Iglesia todos los cristianos comulgaban diariamente en el Santo sacrificio de la misa. Me diréis que esos cristianos de los primeros tiempos, eran hombres santos, hombres desprendidos de las cosas de este mundo. Si ellos eran santos porque creían en el Evangelio, santos debemos ser nosotros que creemos en la misma doctrina; eran débiles, tenían tentaciones, caían a veces, pero se fortificaban con la Sagrada Eucaristía para entregar heroicamente la vida en medio de suplicios, por confesar la fe de Jesucristo.

Con qué frecuencia debe comulgar cada cristiano, es un punto sobre el cual no se puede dar una regla general, pero tened presente que si muchas veces los sacerdotes no permiten a los fieles comulgar tan a menudo, es porque no ven en los cristianos ningún propósito de vencerse, ninguna resolución de cambiar de vida. ¿Y cómo se va a dejar acercarse diariamente a la Sagrada Eucaristía a personas que viven apegadas a las riquezas, a los honores y a los placeres?

res, y que van a comulgar por la mañana, y al salir de la iglesia miran con el más profundo desprecio a sus semejantes, que salen de allí a desgarrar con sus lenguas de víbora la reputación ajena?

Hé aquí, pues, hermanos, cómo habéis de acercaros a la Sagrada Eucaristía: digna y frecuentemente. La Comunión indigna, no hablo de la sacrílega, la Comunión con pocas disposiciones, hace que este manjar celestial que podría convertirnos en santos, apenas os conserve débiles en la vida cristiana, y el no comulgar frecuentemente hace que vuestras almas vivan en un estado de tibieza que causa náuseas a Nuestro Señor. Comulgad digna y frecuentemente, y así os reformaréis vosotros, y cuando los hombres se hayan regenerado, se salvará la sociedad. Ella es la reunión de todos los hombres, y si está hoy en la triste situación en que la vemos, es porque el espíritu del Salvador se ha retirado de la mayor parte de los cristianos, aun de aquellos que confiesan a Nuestro Señor con la boca, pero cuyos corazones están muy lejos de El.

1895

R. M. CÁRRASQUILLA

LA CAMPANITA DEL ALTAR

Al señor doctor Jesús María Arteaga

Recatada allá en la orilla
 De una grada del altar,
 Como siempre te descubro, reverente campanilla,
 Aguardando silenciosa el momento de sonar.

Llega en tanto y acaricia tu contorno reluciente,
 Cual radiosa mensajera de las cumbres del oriente,
 La irisada y sutil hebra
 Que desciende por la ojiva
 Y en tu tersa superficie redorada su luz quiebra;
 Semejando desde lejos
 Sus magníficos reflejos